

El cercano *Oriente*

Hemos vivido la tragedia de un terremoto escala 9 de Richter, seguido de un maremoto, tsunami, en el nordeste de Japón. Quizá sea la primera vez en la historia de la humanidad que una catástrofe de estas dimensiones es conocida al detalle de imágenes y retrasmítida a todos los rincones de la Tierra. Japón se ha convertido de repente en un país cercano. Se dice que es la peor catástrofe después de la Segunda Gran Guerra.

Este mundo nuestro en el que vivimos, tan dispar y tan igual, se ha unido de nuevo para luchar contra la adversidad. El lejano Japón, el lejano Oriente se ha convertido en el cercano desastre que ha hecho estremecerse a todos los pueblos de la Tierra.

La transmisión del desastre, genera sobre todo imágenes apocalípticas, pero nunca puede trasladar con fidelidad la cultura de una civilización, de un pueblo como el japonés, que en su más profunda intimidad anida, precisamente, la guarda de su propia intimidad.

No está bien visto dar muestras externas de los propios sentimientos, ni de alegría ni de tristeza. Se tapan la cara para ocultar una sonrisa o un gesto de dolor. Su educación les lleva a decir siempre que sí, con un ligero movimiento de cabeza reverencial, nunca se dice no. No existe la carcajada, siempre con riesgo de vulgaridad, ni los lamentos plañideros.

A pesar de la globalización, de la rapidez de la comunicación, de las redes sociales,

de la culturización *standard* a través de las escuelas de negocios, Japón, defiende, como haciendo frente a otro tsunami, sus tradiciones ancestrales de las cuales ha hecho gala siempre, como el valor a la propia tradición, el gran respeto a los mayores, el valor del trabajo colectivo frente al trabajo individual, un pueblo cuyo Emperador desciende del mas allá. Un Japón que, con su orden y pulcritud con su trabajo constante, su prurito por la exactitud y las cosas bien hechas, le han llevado a colocarse como la tercera economía del mundo.

Una familia imperial que, en un gesto escalofriante para el que puede llegar a entender su significado, se han puesto de rodillas ante su propio pueblo. Ellos, que el protocolo obliga a no mirar de frente, ni a darles la espalda en la despedida. Ellos, de rodillas, en una nave repleta de su propia gente doliente. Un gesto histórico, un gesto de una humanidad exquisita, de un acercamiento al dolor de sus súbditos.

Puedo imaginar a los emperadores llorando a escondidas, llorando un dolor propio y no ajeno. Y sin embargo estos emperadores de cerca de 80 años de edad, aparecen sonrientes otra vez, así como los acogidos ahora sin casa, porque el momento es de gozo y de cercanía, aunque el dolor sea intenso, interno y privado.

Una isla, aislada, rodeada de enemigos de otras épocas, enigmática y distante, incomprendida a veces, lejana de las culturas

occidentales, con un pasado inmediato de perdedores de la segunda gran contienda y, sin embargo, respetada y con el prestigio de los que han sabido hacer bien las cosas. Ellos se conocen bien a sí mismos, somos nosotros los que no les conocemos, los que nos podemos inventar unas barreras inexistentes, que hacen infranqueable cualquier acercamiento.

Los años 50 fueron duros y de recuperación, los años 60, Japón empezó a viajar fuera de su isla a visitar el mercado mundial, se decía entonces, a copiar. Y en EE.UU. comprar japonés era comprar *cheap*, de poca calidad, pero asequible. En los 70 Japón empieza su gran andadura de exportación, se convierte en una gran fábrica para el mundo. El yen se revaloriza y Japón se tiene que reinventar. En los 80 ya no exporta, se traslada a montar sus fábricas directamente en destino, de tal forma que ya se empieza a exportar producto japonés fabricado en los EE.UU. al propio Japón. Los 90 son de un gran crecimiento para Japón. El producto ya no es *cheap*, es de lujo y otros tienen que empezar el camino andado, montando sus fábricas y sus exportaciones. La lucha comercial ahora está trasladada a otro nivel.

Un Japón donde el arroz aún hoy en día tiene un protagonismo notable en su economía. Un país creador del *just in time*, donde la precisión de la llegada de la mercancía a la cadena de montaje, se traslada a la vida misma en cualquier lugar y en cualquier sector, haciendo que los grandes *stocks* de otras épocas y países, prácticamente sean inexistentes o sean fruto precisamente de una mala gestión. Y esa cadena de montaje, esa cadena de valor trasladada a la vida común de cualquier ciudadano de a pie se traduce en efectividad hasta en lo mas pequeño. El cuidado de los pequeños detalles hace grande a este país.

El cuidado de lo pequeño en cada uno de sus ciudadanos, con el pensamiento puesto en su país, Japón, crea una maquinaria imparable de grandes conquistas y un tren de alta velocidad preciso y sin ruido.

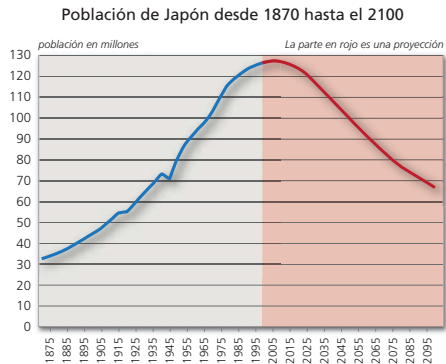
Una cosa ha irrumpido en la vida del Japón que puede hacer peligrar su futuro. Hoy tiene 127 millones de visitantes, cuenta con



Los emperadores de Japón con víctimas del terremoto

un alto porcentaje de personas de la tercera edad, un 20% mayor de 65 años, un costo por tanto importante y una parte de su población no productiva, precisamente los creadores del Imperio del siglo XX.

Desde el 2006 Japón ha empezado a decrecer en población. Por una parte tiene una alta esperanza de vida, cercana a los 82 años, pero las muertes han empezado a superar a los nacimientos y ante una falta de inmigración se prevé que en los próximos 40 años Japón pueda alcanzar una población cercana a los 100 millones de personas con un mayor porcentaje de población anciana y unos 65 millones de población total en el 2100.



Quizá a este tren de alta velocidad, le sobrepase algún otro tren en el futuro, y será en su momento, un tren más moderno y rápido, pero dudo que sea más silencioso y cordial, y que el cobrador use guantes blancos, y sonría y con gesto de acogida y respeto te saludase diciendo:

—Ohayō Tiket ni shite kudasai,
(buenos días, me da el ticket por favor?)
—Anata wa hijō ni kansha, Yoi ichi-nichi o
(Muchas gracias y que tenga un buen día)
Porque aita, se dice Chichi y agur, Sayōnara

Todos tenemos un ticket que comprar o vender alguna vez, y todos tenemos un padre y una madre, y si al cruzarnos en el camino, nos encontramos con alguien que no habla nuestro idioma cultural, piensa que lo único que nos falta para entendernos, es eso, sólo el idioma. El resto es tan parecido y tan dispar a la vez, pero siempre alcanzable. Está en nuestras manos que así sea. Tendiendo puentes pasamos a la otra orilla siempre. Y siempre en japonés se dice «tsunemi», no te confundas.

Hace años, en un acto oficial en Madrid, con representación de la Diputación de Bizkaia, al entrar en el edificio, todavía en la calle, donde se arremolinaba bastante gentío, un compañero de mi padre muy



euskaldun, de apellidos que nadie duda su origen vasco, le pareció escuchar a un grupo hablando en euskera entre la multitud, sin entender que decían. Y le comentó a mi padre: Víctor, por ahí tenemos de los nuestros. Los dos se dieron la vuelta por curiosidad y descubrieron que eran cuatro japoneses haciendo fotos.

Descubre lo que nos une, porque lo que nos separa..., pues eso, separa.

Victor Diez Retolaza
Colaborador en el Executive MBA de
Deusto Business School